



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

+ 34 958 02 79 45

biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

EN PRENSA

Tomo VI... — MI VIAJE A EGIPTO (Libro nuevo).



Se vende este tomo en las principales librerías al precio de **3 pesetas**, en Madrid; **3,50** en provincias, y **4** en el extranjero.

Los pedidos, acompañados de su importe, se dirigirán a la librería editorial de LEOPOLDO MARTINEZ, Correo, 4, (Teléfono 791), Madrid.

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO V

IMPRESIONES DE VIAJE

OBRAS
COMPLETAS
DE
EUSEBIO BLASCO

MADRID
1904

MADRID
LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4. — Teléfono 791.
1904



IMPRESIONES DE VIAJE

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Est. 201A

Tabl. BVA

N.º 82

TOMOS PUBLICADOS

PRECIO DEL TOMO
—
Pesetas.

D-7
18

| | | |
|------|---|-------------|
| I. | Primeros y últimos versos | 3 |
| II. | Una señora comprometida (Novela) | |
| | Del amor y otros excesos (Artículos festivos). | |
| | Don Juan, el del ojo pito (Novela inédita sin terminar)..... | 3 |
| III. | Busillis (Relación contemporánea). | |
| | La ciencia y el corazón. — Millord (Narraciones)..... | 3 |
| IV. | Memorias íntimas (Segunda edición)..... | 3,50 |



R. 457

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO V

IMPRESIONES DE VIAJE

Donativo del Sr. Conde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhámbr. 1909

MADRID
LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTÍNEZ
Correo, 4. — Teléfono 791.
1904

Es propiedad de los herederos de D. Eusebio Blasco.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

IMPRESIONES DE VIAJE

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCIA

La primera edición de este libro se publicó en el año 1868, aprovechando las relaciones de viaje publicadas por el autor en el Gil Blas, y completando el libro con los apuntes que hizo en diferentes puntos de su viaje. Vendióse bien el libro por más que el autor, propietario de su trabajo, no tuviera el gusto de percibir nada de las utilidades. Vuélvelo á publicar ahora siendo editor de sí propio, y aconsejando á todos los que vivan de sus trabajos literarios que imiten esta conducta.

(Nota del autor incluída en la ya agotada segunda edición de su libro titulado *Obras festivas*.)

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

DEL SUIZO Á LA SUIZA

I

DESENGÁÑATE, querido, le decía yo una tarde á Luis Rivera, es una ridiculez pasar el verano en Madrid. Me he enterado bien, y ya sé de buena tinta que no debo quedarme este año entre vosotros.

Me han asegurado que es de buen tono pasar el verano fuera de la corte, gastar tontamente el dinero, ir dando tumbos por ahí, y volver dentro de un par de meses diciendo uno que se ha divertido mucho.

Como esta es la costumbre, y la costumbre, según ha dicho no sé qué tonto célebre, es una segunda necesidad, me decido á satisfacer esa segunda necesidad, ya que no puedo satisfacer las primeras. Esto es eminentemente español.

Como estoy delicado de salud y varios médicos á quienes he consultado me han enviado á treinta y tres ó treinta y cuatro establecimien-

tos de baños diferentes, he resuelto no ir á ninguno, para no dejar á la ciencia por embustera.

Y por último, como necesito tranquilidad de espíritu, dinero abundante, buen trato de gentes, comodidad y costumbres tolerables, ¿dónde he de ir que tales cosas halle sino fuera de España?

Hecho tengo el baúl (porque hecho le compré), acomodado en él el equipaje, tranquila la conciencia, dispuesto el ánimo y derramadas en forma de cartón las despedidas por esas porterías.

Ahí queda eso, pues, y hasta la primera, si no nos vemos antes.

Tengo por cosa cierta que al respetable público no ha de importarle la maldita de Dios la cosa que yo me vaya ó me quede; pero tengo también por cosa segura que «el quedar bien nunca está de más,» como dice un proverbio provincial, y por otra parte, no deja de llevar un poco, ó dos ó tres, de malicia, la despedida.

Dice otro proverbio (y perdóneme yo mismo la comparación) que *¿dónde irá el buey que no are?*

¿Dónde irá el escritor que no escriba? digo yo ahora.

Todo el mundo ha escrito sus impresiones de viaje. Todo el mundo, menos yo.

Y si á la semi-vergüenza que me produce el recordar que no he escrito de mis viajes se añade esta pícara enfermedad de escribir sin cesar

que vengo padeciendo hace algunos años, ¿qué cosa más natural en mí que hacer un libro en cuyas páginas relate á mi manera lo que vaya viendo por ahí?

¿Por qué no he de poder ir escribiendo un libro cuya primera página se titule *El café Suizo* (punto de partida), y la postrera *El último canto de Suiza*, fin de mi viaje?

Por otra parte, ¡suceden tantas cosas en los viajes! ¡Se presta tanto á la descripción el descarrilamiento; la aventura de la joven que conocemos en el tren; el poético mareo del vapor, que le hace á uno echar tantas cosas por la boca; el colchón relleno de adoquines de la cama de fonda; los robos que teme uno en el camino, y los que sufre real y efectivamente en los hoteles y en las estaciones, y en los desembarcaderos; el polvo, el vuelco, el cansancio... en una palabra, todas esas encantadoras molestias á que se entrega uno sin ningún motivo!

Todo, todo le está diciendo al escritor viajero: «¡Anda, anda, y escribe, escribe!»

.....

En tal punto llegábamos al café Suizo.

El café suizo.

RINCÓN adorado, posada literaria, círculo vicioso, y república de las letras!

En él hemos recibido casi todos nuestro bautismo de tinta. En él se han escrito las primeras gacetillas, y las primeras escenas, y las primeras entregas y los primeros artículos de fondo. En él se oyeron las primeras frases de Manuel del Palacio y los primeros chistes de Correa y los primeros discursos de Gaspar Núñez de Arce.

A pesar de que he llegado á convencerme de que un café no es más que una taberna distinguida, y á pesar de que prefiero el café doméstico al calor de la chimenea, confieso mi debilidad, el Suizo me atrae.

Tiene algo de patria, algo de familia.

La tarde en que llegué á él con Luis Rivera,

el café estaba desierto. Luis y yo nos preguntábamos:

¿Dónde están los poetas?

No había poetas. Los poetas no se presentaban.

¿Dónde están los periodistas? Los periodistas habían desaparecido.

¿Dónde están los pintores?

No había pintores tampoco.

Solamente quedaba Pedro el chico.

Los dos mozos clásicos, tradicionales, del café Suizo, los dos mozos que nos han servido de tutores, curadores, administradores y tesoreros en nuestros malos tiempos de esta malaventurada existencia literaria se llaman del mismo modo. Solamente que el uno es viejo y el otro es joven, el uno es alto y el otro es bajo.

El uno es Pedro y el otro es Perico.

—Perico, preguntamos, ¿dónde están los nuestros?

—No se sabe nada, respondió.

Ni había pintores, ni periodistas, ni poetas; el arte y la poesía y la imprenta no estaban en España. (1)

—¡Adios, Luis Rivera!

—¿Te vas?

—De España.

—¿Tú también?

(1) Estío de 1866.

- Huyo despavorido.
—¿A dónde?
—¡Qué sé yo!
—¡Escribe en llegando!
—¡Siempre!
—¿Y si no vuelves?
—Será que me quedo.
—Te aguardo en el Suizo.
—¡Me voy á Suiza!

Y en diez minutos llegué á casa, y en otros diez cambié de vestido, y en otros diez me despedí apresuradamente de séres muy queridos, y en otros diez llegué á la estación del Mediodía.

—¡Dichoso tú, me dijo Javier de Ramirez, que vino á la estación conmigo; dichoso tú, que te vas, y pobres de los que se quedan! Aquí no se puede vivir. ¡Es cosa de volverse uno loco! (1)

(1) Y efectivamente, cuando yo volví á Madrid, ya se había vuelto loco el pobre.

En el tren.—Lo que opinaba de mi un caballero.—Diversos modos de dormir.—La estación de Alcázar.—El viajero resucitado.—La Mancha de Don Quijote.—Puñal y veneno.—El sol.—Comienza el paisaje florido.—Palmeras.—El mar.—Alicante.

Y por qué razón al salir de ese café Suizo, y al dirigirme rodeado de cuatro ó seis amigos á la estación del Mediodía, sentía yo algo que, si no era tristeza, se le parecía mucho?

Tal vez era que dejaba en Madrid pedacitos del alma y ya deseaba volver á recobrarlos.

.....

La Estación presentaba un aspecto *sui generis*, capaz de hacer olvidar, siquiera fuese por momentos el dolor de la partida.

Era la hora en que salían varios trenes, y era un día en que salía mucha gente. Gente que iba

de prisa y corriendo, y hasta juraría que mirando hacia atrás, y diciendo: ¡huyamos!

¡Madrid está tan triste en estos veranos modernos! Quisiera yo ser viejo para poder decir: «¡En mis tiempos, el verano era otra cosa!»

Sonó la campana, abracé sin compasión á diestro y siniestro, pasé al andén, y me metí en un vagón apresuradamente.

Antes de sentarme, asomé la cabeza por la ventanilla para dirigir á Madrid la última mirada.

Y me acomodé en un rincón por lo que pudiera suceder.

Mis compañeros de vagón eran un señor coronel, de aspecto grave y estrictamente militar; un caballero moreno, con guantes oscuros; un muchacho que dormía anticipadamente, y un robusto ciudadano, que desde aquel instante se debió prometer á sí mismo dormir mientras le quedara una gota de sangre.

Ya iba á partir el tren, cuando se presentó en la portezuela un industrial con algunos libros en la mano.

—¡Libritos para el viaje, caballeros!—dijo—libros de Alarcon, Campoamor, de Eusebio Blasco...

Lo confieso, tuve un ligero ataque de *sofocación* que no se notó por ser de noche. El caballero de los guantes oscuros le dijo al vendedor:

—¡Pues no lleva usted poca materia!

Me atreví á hacerle esta pregunta al caballero de los guantes oscuros:

—¿Conoce usted algo de lo que vende ese hombre?

—Sí, algo conozco.

—Los libros de Eusebio Blasco...

—¡Psth! Son *entretenidos*.

¡Horror! dije para mis adentros; así llamo yo á ciertas mujeres!

En tal punto la locomotora dió al aire su grito de despedida, y partimos.

¡Lindo porvenir! El señor coronel tendido en uno de los almohadones, el viajero robusto acostado en otro, el muchacho dormido en un rincón, y el caballero de los guantes oscuros dormitando á mi lado.

Uno de los alimentos de primera necesidad para el camino es la conversación, y me ví condenado al hambre de la palabra.

Si hubiera venido con nosotros una mujer, es indudable que no hubiera habido silencio.

Pero nada, estaba de Dios que mi viaje careciese de aventuras, y hasta de monosílabos.

Me dediqué á la observación, y por de pronto hice un curioso estudio.

Las cuatro personas que me acompañaban (aunque voy creyendo que yo era quien las acompañaba á ellas) dormían, y cada una dormía de diferente manera.

Es, en verdad, original eso de que cada in-

dividuo tenga, además de su manera especial de ser, su modo especial de *no ser*, ó de dormir, que todo viene á ser lo mismo. Nadie me negará que el sueño es la caricatura de la muerte.

El señor coronel dormía á medias, porque no tenía más que un ojo cerrado, haciéndome recordar á nuestro incomparable poeta García Gutiérrez en aquellos versos:

.....
 Los soldados, ¡ya se ve!
 nos acostamos de un pie
 y nos dormimos de un ojo.

Indudablemente los soldados se deben dormir del ojo derecho, supuesto que los coroneles, que en algo se han de distinguir del soldado raso, se duermen del ojo izquierdo; á lo menos los que viajan de Madrid á Alicante.

El muchacho del sueño adelantado tenía cerrado ojo y medio, y además enseñaba los dientes. De cuando en cuando levantaba un pie y me lo plantaba encima haciéndome ver las estrellas. ¡Oh, dichosa edad!

El viajero robusto era la verdad dormida. Los dos ojos cerrados, la boca entreabierta, la respiración ruidosa, y el ronquido clásico.

En cuanto al caballero de los guantes oscuros, representaba allí la última novedad en materia de sueño. Eso que los franceses llaman

reverie; y además, de etiqueta; el sueño con guantes.

Observando estas pequeñeces se me hizo breve el tiempo. Una humedad agradable que se filtraba por las ventanillas del vagón, me hizo conocer que estábamos en Aranjuez. El padre Tajo saludaba nuestra llegada, ese río imprudente que sacó fuera la cabeza para decirle al rey Rodrigo que se estaba extralimitando.

¡Fresas! gritaban algunos vendedores á las puertas del tren.

La hora no era muy á propósito para fresas.

Mis compañeros de vagón se despertaron. Uno de ellos, el muchacho, bajó al andén, y á estas fechas no se ha vuelto á saber de él. Es de suponer que esté durmiendo. ¡Oh, edad dichosa!

A la una estábamos en Alcázar.

La estación de Alcázar (sirva de aviso á los que no hayan pasado nunca por ella) es uno de los puntos más á propósito para quedarse en él una temporadita. Y no es que la campiña brinde placeres á los caracteres melancólicos, ni es que la población tenga atractivos para el viajero, ni es otra cosa por el estilo. Es que allí se descuida usted un minuto, y el tren en que usted iba ó venía se marcha sin decir adiós, y usted se queda allí para muestra. Verdad es que le queda á usted el recurso de no descuidarse y de subir pronto al vagón; lo único que puede

sucedarle entonces, es que si usted iba, por ejemplo, á Valencia, al final de su viaje se encuentre en Córdoba ó en Sevilla, que viene á ser lo mismo. Todo es España.

No puede darse confusión mayor que la que reina entre los viajeros que se reúnen en aquel punto. Allí acuden trenes de varias líneas á la misma hora. Los viajeros bajan y toman algo en la fonda, los camareros dicen á todo el mundo: «No tenga usted cuidado, hay tiempo,» y cuando el viajero sale, los trenes, que han hecho una porción de maniobras hacia atrás y hacia adelante, están..... desconocidos. A unos les añaden coches, á otros les quitan. Cuando yo volví á recobrar *mi* tren lo encontré muy desmejorado.

No fué poca fortuna encontrarle: un minuto más y me quedo en tierra. El tren volvió á emprender su veloz carrera y aspiré el aire fresco de la noche.

Ya el paisaje había variado completamente. Por donde quiera que se tendía la vista se encontraba lo mismo. ¿Sabes, oh lector, lo que se veía? *Nada*.

A pesar de la clarísima luz que derramaba la luna, la vista no tropezaba con objeto alguno. Un terreno llano como un pliego de papel, blanquecino, inmenso. El mar en la tierra. El desierto en medio de España. Estábamos en la Mancha.

La Mancha es un país desesperador. Ni un

arbol, ni una planta, ni un montecillo, ni siquiera un banco. Llanura, llanura, y siempre llanura.

Por fin, y al cabo de mucho rato, pude distinguir un bulto, que á medida que fué estando más cerca de nosotros, ó nosotros de él, me permitió adivinar lo que era. ¡Un molino de viento!

¿Qué sería la Mancha sin ese famoso caballero de la Triste figura?

A cada momento se me antojaba que iba á presentarse el grupo inmortal; ya estaba yo dispuesto á gritar: «¡Eh! ¡Eh! alto, señor caballero, no intente cortarnos el paso, que este monstruo espantable, objeto de tal furia, no es sino un tren correo que debe llegar á Alicante mañana á medio día!»

¿Qué hubiera dicho D. Quijote y Sancho al oír esto? ¿Cómo hubieran podido creerme por mi palabra, ni cómo les hubiera convencido nadie de que el viajero que así les hablaba había salido de Madrid á las ocho y media, no siendo en aquel momento más que la una y algunos minutos?

Y sin embargo, así era; y yo llevaba en mi baúl, que atravesaba conmigo como una flecha aquellos vastos eriales, un elegante ejemplar del *Ingenioso hidalgo* impreso en Leipsik, comprado en París, y acompañado de una extensa biografía de Miguel de Cervantes.

¡Qué soberano puntapie le hubiera dado el tal de Cervantes al que dos siglos atrás le hubiera pronosticado esto, deteniéndole en el mismo sitio por donde ahora pasaba la veloz locomotora.

Misterios son estos que pueden servir de ejemplo al más desalentado. Nadie debe desconfiar del porvenir, si reflexiona que uno de los hombres más célebres del tiempo pasado, presente y venidero, no era en su tiempo más que un recaudador de contribuciones.

En éstas y las otras, me olvido del viajero que se me adhirió en Alcázar.

Este nuevo compañero de viaje era un hombre sencillo, espontáneo á más no poder, y franco en extremo. Iba á la Roda á dar una vuelta por los almacenes de maderas de su principal, que vivía en Madrid y era muy rico; había servido en el ejército; estuvo en Aragón, donde había comido mucha fruta, que le gustaba mucho; tenía el sueño muy pesado; no le había atacado el cólera nunca, y tenía buenas relaciones.

Todo esto me dijo.

Pero no fué esto lo que más me sorprendió, sino cierto incidente de su vida que tuvo la amabilidad de contarme, y que me servirá de escarmiento. Toda conversación enseña algo, pero aquellas sobre todas.

El viajero había muerto y resucitado.

Cualquiera de mis lectores que lo dude, podrá convencerse con sólo pensar en una de dos cosas. En la medicina, y en los médicos.

Mi compañero de viaje, en sus tiempos de soldado, pescó una pulmonía madrileña, fué llevado al hospital, se agravó, los medicamentos no bastaron á curarle, y se murió.

Así lo aseguraron los médicos.

Pero hé aquí que una noche mi hombre abre los ojos, se encuentra en cueros vivos, y cubierto de la cabeza á los pies con una sábana. «¿Y mi ropa?» Fué lo primero que dijo.

El enfermero que le velaba dió un salto, salió del cuarto como alma que lleva el diablo, y avisó que el muerto se levantaba.

Excusado es decir que acudieron en seguida los demás dependientes y comenzaron de nuevo á asistir al enfermo.

Dos horas más, y lo entierran.

—Desde entonces, me decía el viajero con una convicción temible, cuando me dice el médico que un pariente mío, ó un amigo, ó un conocido han muerto, *no me fio*.

—Y hará usted muy bien, le dije yo, aun más convencido que él de que muchos muertos van al cementerio contra su voluntad, ó por no desairar al médico.

Aquí cesó la conversación, porque el viajero se quedó en la Roda con gran sentimiento mío.

Salía el sol.

¡Y yo le veía salir, por la primera vez de mi vida!

Sí, por la primera vez, lo confieso. Muchos días, casi todos los del año, la luz del día penetra por los cristales de mi balcón y me dice que es hora de arrojar el libro ó la pluma, pero aquello es la luz, el reflejo, no el sol. Porque el sol, que es más poeta que todos los poetas conocidos, no concede su primera mirada á las poblaciones: su primera mirada es para los campos.

Salía el sol, redondo, encendido, sin rayos que impidieran á los ojos contemplarle. La luz solar no llegaba todavía á la tierra, y el astro parecía... ¿que diré yo que no se haya dicho? parecía una gota de lacre.

En todas las estaciones nos habían salido al paso hombres y mujeres ofreciéndonos agua, aguardiente, azucarillos, leche y cosas así. En Albacete nos ofrecieron otro desayuno.

—Caballero, ¿quiere usted un puñal bueno?

—¡Un puñal! Figúrense ustedes si esto me haría efecto. El señor coronel me aseguró que no valía dos reales, y aun así y todo me parecía caro para la hora en que estábamos.

Renuncié al desayuno, pero me pesó bien pronto, porque si en aquella estación no hicieron más que *ofrecerme* un puñal, en la fonda inmediata me dieron un *veneno*.

No me retracto, no. Tomé un chocolate, del

cual mi amigo Picón hubiera dicho que era asfalto.

Poco á poco fué entrando el día, el paisaje fué siendo más pintoresco, los compañeros de viaje más expresivos, y mayor la velocidad de la máquina. Habíamos dejado ya la Mancha y sus horrores, la luz inundaba los campos, se veían árboles reunidos en grupos (y á fe que me sorprendió) (1) y hasta distinguí entre las matas algunos conejos al pasar por delante de unos carrascales.

En *La Encina* hubo cambio de tren para Valencia; perdimos ¡ay! al caballero de los guantes oscuros, almorcé en compañía del señor coronel, que era una persona de afable trato y conversación amena, y repuse comiendo lo que perdí velando. A poco, entre casitas blancas, plantaciones frondosas, rebaños juguetones y labradores valencianos, que á lo lejos parecían árabes con sus anchos calzones blancos y sus pañuelos puestos á manera de turbantes, se destacaron aquí y allá algunas esbeltas palmeras. Poco después pasamos un túnel, subimos á la falda de montes vistosos; y al volver los ojos á la derecha vimos una extensa banda azul del color del cielo, sobre la cual se divisaban ligeros puntos blancos. ¡El mar!

La locomotora dió algunos silbidos especia-

(1) El gobierno de entonces no los permitía.

les, el tren andaba más despacio, luego un poco más, en seguida se vieron casas, terrados, un castillo en lo alto de una montaña, se oyó ruido de coches y de gente reunida, se detuvo por fin el tren, y saltamos á tierra.

Estábamos en Alicante.

Me despedí del coronel y demás compañeros y me arrojé en los brazos de Eduardo, uno de mis mejores amigos.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

IV

**En Alicante.—Los amigos de Eduardo.—Pais sin agua
á orillas del mar.—Ni valencianos ni castellanos.—
Buen trato.—Gratitud eterna.**

CUALQUIERA dirá que estoy loco, y que lo pruebo emprendiendo viaje tan largo y molesto.

Ir á Suiza por Alicante, y en verano, puede ser muy bien un disparate, si el que lo pone por obra no se lleva más propósito que el de salir de Madrid á tomar el fresco.

Pero yo creo, y Dios me lo perdone, que es gran bellaquería ir á conocer la tierra extranjera sin conocer antes la propia; y sería hacer demasiado honor á los suizos y á los italianos darles la preferencia sobre los valencianos y los catalanes.

Por otra parte, yo no dudo que en Alicante hace mucho calor para todos los forasteros; pero hay un forastero á quien hasta el mismí-

simo sol se ha propuesto dar muestras de consideración y aprecio, y ese forastero soy yo.

Así es la verdad, amigo Luis Rivera.

¿Creías tú que iba á achicharrarme en lo que algunos llaman la zona tórrida de España?

Error crasísimo.

Llegué, y dijo el sol que estaba de buen humor. Desde que senté el pie en tierra, los alicantinos decían que el tiempo refrescaba.

¿Quién, conociéndome, creyera que había yo de ir á Alicante á dar el soplo?

Y como todo debía seguir una misma ley, lo que empezó en el sol continuó en la tierra.

Diez minutos antes de llegar á la ciudad sabía yo que en ella no tenía más que un amigo.

Diez minutos después de haber llegado, ví que tenía muchos.

Eduardo López Carrara (1), antiguo y consecuente amigo mío, casi un hermano, me aguardaba en la estación, acompañado de un caballero simpático desde el hongo á las botas, ex periodista, ex liberal y ex flaco. D. José se llama-

(1) Este apellido, desconocido entonces, es hoy popular entre las masas republicanas. López Carrara y Nicolás Estévanez, militares entonces, paisanos ahora y amigos del autor entonces y ahora, han sido los hombres de acción en su partido y á quienes no ha detenido ningún obstáculo para ponerse al frente de partidas armadas y contribuir al triunfo de la idea que defienden. Si hay en España patriotas sinceros y republicanos de buena fe Carrara y Estévanez, son dos modelos.

ba y se llamará probablemente en este momento. Se sabía de memoria todo lo más notable que ha publicado *Gil Blas*, y llevaba anteojos azules. En una palabra, era todo un apreciable sujeto.

En un instante llegamos á la casa donde Eduardo vive, en compañía de D. José y de dos excelentes muchachos, Carlos y Adolfo Phaes, con quienes bien pronto hice lo que en España llamamos *buenas migas*.

A poco rato, y cuando todavía no habíamos acabado de almorzar, comenzaron á venir *mis* amigos.

Eduardo se había encargado días antes de anunciar mi venida, y no sé á quien agradecer más el obsequio, si á él por ocuparse tanto de mí, ó á ellos, que sin conocerme anteriormente y sólo por aprecio de un apellido que nada vale, se apresuraban á saludarme.

Y ahora te voy á contar una cosa, que comprenderás perfectamente. Muchas personas, al verme, se quedan muy paradas y como dudando que yo sea yo. ¿Recuerdas aquella pieza de Ventura de la Vega, en que se anuncia que va á venir un actor cómico, y en cuanto se presenta en el umbral de la puerta, ya se echan á reir todos los personajes?

Pues una cosa parecida me está sucediendo desde que salí de Madrid; hay quien se dirige á verme y se viene riendo por el camino; pero

al encontrarme serio y con esta cara trasnochada, más de dos y más de cuatro ponen la suya de un modo que parece decir:—¡Nos ha engañado!

Si á eso se agrega mi completa inutilidad para hacer frases, mi carácter sombrío, y mi poca salud, ¡figúrate qué desencanto para los aficionados!

Uno me decía que se figuraba que yo era gordo y viejo. Otro me aseguró que esperaba encontrarse con un hombre rubio y muy hablador. ¡Qué sé yo! Hasta hay algunos que se figuraban que yo sería guapo. ¡Ya ves, qué país!

Una muchacha bonita, que pasó por cerca de mí con un cántaro en la cabeza, se asustó de verme, y le dí lástima sin duda, porque dirigiéndose á otra que con ella iba, y con cierto aire de compasión exclamó:

—*¡Pareix un esperít!* (1)

Un espíritu debía yo de parecer según estaba, falto de salud, pesaroso aun de la partida, y estropeado con el viaje.

Tales fueron los preliminares de mi primera estación.

Hablemos ahora del país y del paisaje.

Alicante es una población incomprensible. Duerme al arrullo del agua, y no tiene agua

(1) Parece un espíritu.

para beber. Está á dos pasos de plantaciones grandísimas, y si mira á su alrededor, no ve un árbol. Posee la tierra mejor para toda clase de cosechas, y sin embargo, las cosechas faltan, porque no hay riego posible.

¡Una población sin agua! ¿Qué ha de hacer uno más que beber vino?

Mira qué diálogo tan desconsolador:

—¿De qué agua se hace más uso en este país?

—Del agua de lluvia.

—¿Y cuándo suele llover aquí?

—Nunca.

Esto me lo han dicho muchas personas á quienes he interrogado. Es decir, que en Alicante la pródiga naturaleza hace tales economías, que á estas horas debe ya prestar dinero á rédito. Puedes creer que si yo fuera millonario y viviera aquí, á cada cristiano que rezara, le había de pagar los padrenuestros á quinientos reales uno con otro.

Decía que Alicante era una ciudad incomprendible, y ahora te diré que mejor fuera llamarla incolora. El viajero llega, oye hablar en buen castellano, y cree que está en una población de Castilla; pero de pronto oye conversaciones en valenciano, y ya la imaginación se cree que está vagando por los espacios... de Valencia. Las calles, las casas, las afueras, se parecen á todas las afueras, casas y calles de otras partes. No hay nada que tenga sello es-

pecial, color local. Harto de buscar lo característico de esta ciudad, pregunté por la música del pueblo. ¡No hay música! Todo lo más que se oye es una rondeña insípida, sin alma ni cuerpo. Te parecerá imposible si te digo que los labradores y la gente del pueblo cantan trozos de zarzuela, por no tener otra cosa más á mano (ó á boca).

Pero en cambio de todas estas *pequeñeces*, que al fin y al cabo *pequeñeces* son para el viajero que sólo las sufre breves días, hallé en Alicante una gran cosa, que no olvidaré nunca.

El trato.

No se puede dar gente más amable ni corazones más dignos de admiración. Hay aquí toda la franqueza riojana, delicadamente adornada con la cortesía madrileña, y sobre todo hay lo que tanto escasea en todo el mundo. La gratitud.

Y bastará citar un solo hecho para prueba.

Hubo en Alicante un gobernador, llamado Quijano, persona muy de apreciar por el interés que desmostró en favor de los alicantinos.

Invadió el cólera la ciudad, y Quijano se multiplicó, atendió á los enfermos, los consoló, los curó, condujo los cadáveres, socorrió á las familias, fué, en una palabra, el padre de estos buenos habitantes.

Desde entonces, Quijano es el patrón de Alicante; se le venera como á un santo, se guarda

su memoria como se guarda la de la madre que se ha perdido ó la del hermano que ha muerto. No hay opinión política tratándose de Quijano. No hay una casa en Alicante donde no haya un retrato de Quijano. En la casa Consistorial, en el Casino, en todas partes, retratos de Quijano, inscripciones, versos, recuerdos queridos que demuestran hasta qué punto son agradecidos los alicantinos.

Desde el recuerdo que se manifiesta tan públicamente hasta que se va expresando en palabras cariñosas y en abrazos dados con toda la sinceridad de un cariño tan pronto nacido como fortificado, el pasajero que se detenga en Alicante no me dirá nunca que he exagerado en estos renglones.

En cuanto á la gente del campo, es sencilla por extremo, cándida, de buena fe, y capaz de dejarse convencer de cualquier cosa.

Casi todos son republicanos.

V

Capítulo que viene á ser lo mismo que
hablar de la mar.

No te he hablado del mar.

Quisiera tener aquí á todos los hombres que por espacio de veintitantos años me han estado llenando la cabeza de aire, ó mejor dicho, de agua, asegurándome que iba á quedarme bizco en cuanto viese el mar por la vez primera.

Yo me miro al espejo y veo que conservo los ojos derechos y sin bizcar, y me pregunto á mí mismo, ya que no tengo á quien preguntárselo: ¿qué pasta tendré yo diferente de la de los demás para que el mar no me haya causado más que una impresión agradabilísima?

Yo estaba esperando llegar á la orilla del mar, tender la vista, y... ¡cataplúm! caerme de espaldas y tener la boca abierta una temporada.

Me figuraba que á la vista del mar se me

pondrían los pelos lo mismo que el gorro de un indio bravo, y se me pararía el reloj y me dolerían las uñas.

Creía que llegar al mar y dar un respingo, sería para mí una misma cosa.

Pero nada de esto me ha sucedido.

¡Oh, Dios mío! ¡Qué desgraciado soy!

Vengan ustedes acá, los exageradores, asesinos de los éxitos, enemigos simulados de los grandes efectos; ¿no comprenden ustedes que colocándose en la orilla y no viendo orilla en el lado opuesto, el mar no es otra cosa que un río grande partido por la mitad?

Y no es esto decir que el mar no me guste, no. Me encanta, me extasia; he dado por él grandes paseos en bote, besado por la brisa, escoltado por la blanca gaviota, que parecía brindarme sombra con las tendidas alas; y adormecido al caer de la tarde por el cariñoso arrullo que arranca el remo al agua, he visto ponerse el sol detrás de las olas entre nacarados celajes.

Bello es el mar, como espejo del firmamento. Sus frescas ondas y sus dulcísimas brisas parece que dan consuelo al alma y ensanchan el corazón, y se llevan ¡Dios sabe dónde! el suspiro que el pecho les confía.

Pero á pesar de eso, amigo Luis de mi alma, el mar es un plagiario insolente y un adulator que me da lástima.

No hace más que lo que del cielo quiere.

¿Está el cielo azul? Azul está también el mar.

¿Está el cielo verde? El mar se pone inmediatamente verdoso. Y cuando el cielo se cubre de nubes y retumba el trueno, el mar se oscurece, frunce el ceño y ruje de una manera terrible.

Entonces parecen dos compañeros.

¿Lo son? Yo creo que son dos hermanos.

Dos hermanos, á quienes no puedo menos de querer; pero pese á los que me han exagerado la grandeza del mar y su inmensa influencia sobre el alma; creánme todos, bello es el mar, pero lo es más el cielo.

El cielo está en los ojos de la mujer á quien se ama.

Y en el amor del hombre.

Y en la sonrisa del niño.

El mar es el llanto. El cielo es la sonrisa.

El cielo está en todas partes, el mar en algunas.

El mar abisma, el cielo protege.

El primero asombra, el segundo consuela.

Y cuando los náufragos se ven presa de las olas, y cuando el desdichado agarrado á la tabla ve perdidos para siempre todos los lazos que le ligaban á la tierra, y piensa en la madre, y en el hermano, y en el amigo, y en la mujer que le espera, y el abismo va á absorberle y á devorarle sin piedad ni duelo, abandona

la tabla, murmura la oración postrera, y tiende los brazos... al cielo.

Porque él es lo último que se pierde.

Porque es la esperanza.

Todo esto pensaba yo una tarde mientras los compañeros que paseaban conmigo en el bote cantaban una copla entre triste y burlona.

A poco desembarcamos, y fuimos á comer.

En la mesa conocí á Maisonnave, un joven de mucho talento, que figura en primera línea en Alicante. Al doctor Ausó, cuyos glóbulos me han curado un dolor de cabeza; al joven poeta Ortega Girónes, cuyos *cantares* me han causado una gran impresión; á Carlos Sánchez, un carácter angelical, y á Pineda, un escritor á quien envideo de todo corazón su buen humor y sus graciosísimas ocurrencias.

Es doloroso en extremo para mí no poder agradar (y aun de esto no estoy seguro) al respetable público, sino valido de una pluma y algunas cuartillas de papel. La operación no deja de ser penosa.

VI

Otro café suizo.—Lorenzo.—Terminología.—La gente de mar.—Cinco elementos.

Alicante, 28, por la noche.

DON José, el jefe de la familia, el ángel con gafas que cuida de todo en la casa donde vive Eduardo y sus compañeros, suele acompañarme á tomar café á veinte pasos del mar en el café Suizo.

Porque también aquí hay café Suizo.

Cuando yo llegue á una población donde no hay café Suizo, maldeciré al destino.

Esos suizos, amigos míos todos, amigos de todos los literatos de Madrid y provincias, esos suizos, á quienes todos llamamos por sus nombres de pila, como si se tratara de unos parientes ó de unos compañeros, desde *Bernardo* hasta *Francisco*, desde *Román* hasta *Lorenzo*, me ha-

cen falta por donde quiera que voy porque son un recuerdo viviente de muchos episodios de mi vida.

Aquí he encontrado á *Lorenzo*.

Verme y correr á mi lado fué obra de un instante.

—¿A dónde va usted?

—A Suiza, le respondí.

Imposible sería pintar la alegría de aquel apreciable muchacho. Su casa en Suiza, su cuarto mismo allá en su pueblo, su pueblo entero, todo lo ponía á mi disposición desde luego.

Le prometí detenerme en *Poschiavo* sólo por ser su patria.

Y D. José me explicó en seguida un trocito de historia suiza.

Porque D. José á pesar de sus anteojos azules, es un hombre instruidísimo.

Esta mañana, después de tomar café, me explicó toda esa terminología marítima que me ha parecido siempre tan difícil de entender, y que me ha hecho más intraducibles todavía algunas zarzuelas de Camprodón.

D. José me ha dado una definición detallada de cada barco, desde el bote hasta el falucho, y desde la balandra á la fragata.

Estoy, pues, en disposición de recorrer de orilla á orilla un barreño de agua en un barco de papel, sin ahogarme ni mucho menos.

Aquí se me ocurre una observación.

Se habla de las pocas personas decentes que suele uno encontrar en la tierra.

Pero ¡Dios mío! ¿y en la mar?

Yo no he visto gente menos decente que estos hombres de mar. El que menos anda sin zapatos.

Desarrapados, sucios, desgredados, parecen cuando se pasean sobre la cubierta de un buque, mendigos posesionados de un palacio.

Deseandó estoy llegar á un puerto donde los marinos tengan aspecto de tales. En estos barcos de la marina mercante no se ve una persona que dé pruebas visibles de serlo.

Exceptuando los capitanes, todo lo que en el mar constituye cabeza, lo que es los pies son horribles.

Un elemento en que se ven tan pocos hombres regulares sólo se parece al de la política.

Porque yo sé que es un error eso de que no hay más que cuatro elementos.

Los elementos son cinco: aire, tierra, fuego, agua y desvergüenza.

Ganas tengo de ver á nuestros bravos marinos de guerra.

Son las doce. Los serenos en esta población cantan la hora de un modo tan raro, que no parece la hora cantada, sino vendida.

—¡Las doce y sereno!

Esto, en Alicante, me hace el mismo efecto que si oyera:

¿Quién compra unos minutos?
¡Y siento no poder comprarlos y guardarlos
en conserva para cuando se me ponga el pelo
blanco!



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

VII *

A bordo del *Non Plus ultra*, 29 de Junio.

ME acuerdo en este momento de unos renglones escritos por mi buen amigo Pedro Antonio de Alarcón.

Ó mejor dicho, recuerdo la idea, pero los renglones no.

Quando uno pasa por un pueblo sin detenerse, y ve en él una aparente tranquilidad, unas casitas blancas, unas muchachas que juegan, y cosas por el estilo, dice uno sin poderlo remediar:

—¡Qué feliz sería yo aquí!

Así decía yo esta tarde al subir al vapor y tender la vista hacia Alicante.

—¡Qué feliz sería yo ahí!

Pero yo lo decía con más motivo que el personaje del libro de Alarcón.

He pasado cuatro días tan agradables, he

encontrado unos amigos tan cariñosos, y en una palabra, me han tratado tan bien, que... me hubiera quedado.

Almorzamos en casa de Maisonnave, y almorzamos muy bien.

El vapor salía á las tres en punto. Yo tenía mi pasaje en el bolsillo. Pasaje para Barcelona.

Terminado el almuerzo, nos dirigimos al muelle, entramos en el bote todos, y... ¡al *Non plus!*

Me habían recomendado al capitán.

El capitán Leal es un inteligentísimo marino y un hombre simpático. Tiene todo el aspecto de un hombre de mar. No conociéndole, y hallándole en tierra, se adivinaria en seguida que no estaba en su centro. Hombre de pocas palabras y de gravedad austera, podría detener con una mirada á toda una tripulación iracunda.

Cuando subimos al vapor, Carlos Sánchez se dirigió á él, y le dijo:

—¿Es usted el capitán?

El capitán respondió sin mover ojos ni cuerpo:

—Sí.

—¿Le han recomendado á usted un pasajero?

—Sí.

—Es este caballero (y me presentó).

—Bueno.

No dijo más el capitán, ni se movió siquiera.

En aquel momento me sobrecogí, y estuve por preguntarle:—¿Ha comido usted?—para en

el caso de que me hubiera dicho que no, volverme á tierra de prisa y corriendo, como medida preventiva.

Pero más tarde me convencí de que el capitán no se comía á la gente, ni era tan huracán como me figuré al principio.

Poco rato después el capitán indicó que el vapor iba á partir, y los amigos me abrazaron.

¡Oh! ¡Las despedidas me desesperan! Quisiera no conocer á nadie de quien tuviera que separarme. Sufro más que si me pidieran prestado.

Eduardo me dió un abrazo en silencio, que fué hablarme más que todos juntos. Los demás me fueron abrazando y repitiendo sus sinceras ofertas.

¡Adiós, pues, cariñosos amigos, dulces afectaciones, tan pronto nacidas y para siempre arraigadas en el alma! Yo os prometo volver á abrazaros (si el tiempo lo permite).

Ya habían bajado todos y se alejaban; ya comenzaba el barco á oscilar dulcemente; ya parecía que el mar, el muelle, la población y hasta el cielo giraban lentamente alrededor mío; ¡ya nos íbamos...!

El bote donde iban mis amigos se fué separando, separando, separando; después se hizo más chico; las personas que iban en él parecían bultos primero, sombras más tarde; en seguida no ví más que los pañuelos que flotaban

y se agitaban en el aire, dándome la despedida; momentos después estábamos hendiendo la mar con una rapidez desesperadora, y yo, con un pañuelo en la mano, asomado á la barandilla del vapor y mirando las olas, de un color azul oscurísimo, recorrí en un instante los cuatro días pasados, y volví á recordar á todos los alicantinos, de D. José para arriba.

Pero pronto tuve que variar de ideas y de postura.

Aquí entra lo gravísimo.

Quince días hacía que pensaba yo, y lo consultaba con todo el mundo, si me marearía ó no.

Y quince años lo menos que me tenía preocupado la idea de un mareo de los estrepitosos.

Había oído millones de pareceres acerca de esto.

Había comprado un limón.

Había tomado preservativo.

Había recibido consejos saludables y recetas útiles.

En una palabra, había hecho todo lo que un hombre de bien puede hacer para que el Mediterráneo no le haga daño.

Pero yo no sé quién fué el que le dijo alguna picardía á la mar esta tarde, y la mar se picó. Y con la mar picada, ¿quién se atreve?

El balanceo del vapor es delicioso: comienza por poquito, pero se va animando, animando,

animando, y es cosa de no acabar. Si el pasajero está de pie, tiene la ventaja de que, sentado, no se mareará, y es indudable que no se mareará, porque al dar un paso para ir á sentarse, se romperá la cabeza contra las tablas, y acabará más pronto.

Es el mareo un calorcito que se pasea por dentro del individuo con la tranquilidad del que no tiene otra cosa que hacer. El individuo se quiere resistir y se resiste un poco; pero el calorcito, que no es individuo ni pasajero, no se sienta, sino que sigue paseando, y bajando y subiendo. Por fin el individuo se entrega, y prueba hasta qué punto es expresiva la lengua castellana en aquello de *echar el alma*. Hasta que uno se marea no comprende lo exacta que es la frase.

Y ¡qué interesante es un pasajero mareado!

Los ojos se ponen hundidos, vidriosos, se pierde el color, se crispan los dedos, se cae el hongo y se pierde el sentido, y cosas que valen más; y después que se ha echado el alma, se quiere echar más todavía, y como no queda nada y el mar quiere que se le obedezca, se quiere uno morir y no se muere, y sigue el balanceo bonito y el calorcito que sube y baja, y así se pasan cuatro ó cinco ó seis horas, ó dos ó tres días, que para los aficionados es lo suficiente. ¡Qué rato, Dios de los peces, qué rato pasé!

Gracias á un pasajero, hombre compasivo y bondadoso hasta no más, cariñoso y servicial hasta la orilla de enfrente, pude llegar al camarote, donde me tendí y empecé... ¿á descansar creerán ustedes? pues no, que fué á empezar de nuevo la devolución de documentos.

¡Y el barco siempre lo mismo! ¡Y el mar siempre igual! ¡Y faltaban siete horas para hacer parada!

Apenas me había acostado cuando se presentó el capitán.

Debo confesarlo. Estuvo amabilísimo (siempre grave, eso sí), y me ofreció sus servicios, y se lo agradecí muy de veras.

Una hora después volvió á bajar y á preguntarme por la salud.

Estuve por decirle:— ¿La salud? ¡No sé dónde anda!

El pasajero bondadoso, que no se mareaba y andaba por el barco como yo por mi casa, me ofreció también sus servicios antes de acostarse.

¡Ay, muchos *servicios* me ofrecían, pero todos eran pocos!

Por fin logré lo que tanto deseaba.

Logré que viniera en mi ayuda mi mejor amigo.

El sueño.

Cuando desperté, la canturía de los marine-

ros, que echaban el ancla, me dió á entender que habíamos parado.

Me vestí y subí sobre cubierta.

Estábamos en un puerto; á distancia de un tiro de fusil se veía un pueblecito risueño, que estaba convidando al descanso.

—¿Qué población es ésta? pregunté.

—Valencia; me respondieron.

—¡Valencia! exclamé; ahí tengo yo un amigo... capitán, lo siento mucho, pero yo me quedo aquí.

—Sobre este punto, dijo el capitán; usted es quien ha de *deliberarse*.

—Pues *me delibero*, y que suban mi equipaje.

Subieron mi equipaje; en seguida apreté la mano del capitán, que me repitió sus ofrecimientos, bajé la escalera del *Non plus ultra*, y metido en un bote, como la pomada, me trasladé, es decir, me trasladaron á la orilla.

Momentos después entraba en Valencia por el camino del Grao, dentro de una tartana.

VIII

Valencia, país encantado.

BENDITO sea Dios que tales cosas cría! dicen las comadres. Alabado sea el momento en que se me ocurrió desembarcar. He aquí, una ocasión en la que no puedo, ni debo, ni puedo deber, ni debo poder, ni quiero ser yo mismo. Es decir, para que todos me entiendan, que necesito olvidar por un momento mi obligación de tomar á broma todo lo que se me pone por delante.

No es Valencia cosa de risa.

Es de sonrisa.

Pero de sonrisa de mujer amada; porque Valencia es una muchacha de quince abriles que está sonriendo sin cesar, en invierno, en primavera, en verano y en otoño.

Es una poesía que se empieza á saborear en el puerto y no se acaba de olvidar nunca.

Entré en domingo: eran las seis de la mañana y el sol continuaba prodigándome sus favores.

Apenas senté el pie en tierra me rodeaban media docena de tartaneros ofreciéndome su vehículo para llegar á la ciudad.

Subí á uno de aquellos coches y á los dos minutos entraba en la ciudad risueña, por el camino del Grao.

El camino del Grao tiene algo que recomiendo á los poetas y á los cristianos, porque tengo para mí que si no es el camino de la gloria se le parece mucho.

A ambos lados del caminito ha echado el resto la mano pródiga de la Providencia. ¡Oh, Antonio Trueba! Me acordé de tus cuentos de color de rosa. Si tu país es como éste, ¡bendito sea tu país, y bendito éste sea!

Y me ha dado por las bendiciones, porque, créalo usted, vecina valenciana de los ojos negros, ese Divino Señor que echó á puñados la sal en los palmitos de las andaluzas y que sembró manojitos de azucenas en las caras de estas *chiquetas* de la Huertá, ha cogido también á puñaditos, á puñaditos y á puñados grandes, las flores más olorosas y de más embriagador aroma para sembrar el campo que *vos-tét* pisa. ¡Y viva la gracia de Dios, que en Valencia estamos!

Decía que á ambos lados del camino las flo-